

y la edad siguiente viera la expulsión total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMAN EL BUENO.

Reinaba en Castilla Alfonso el Sábio, y era ya el tiempo en que la suerte había convertido las glorias de sus primeros años en una amarga série de desventuras. Fué la señal de ellas su viaje á Francia en demanda del imperio de Alemania; pues aunque había arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, Rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda á fuego y sangre: Don Nuño de Lara, Comandante en la provincia, muere en una batalla: el Príncipe heredero, Gobernador del reino, fallece en Villareal; y el Arzobispo de Toledo Don Sancho, que salió con un ejér-

ADORES CONSULTADOS. Zúñiga, anales de Sevilla.—Mondejar, memorias de Alfonso el Sábio.—Mariana.—Crónicas de Don Alonso, Don Sancho su hijo, y Don Fernando su nieto.—Crónica de la casa de Medinasidonia por Pedro de Medina.—Ilustraciones á la casa de Niebla por Pedro Barrantes Maldonado, obra inédita.—Historia de la dominación de los árabes en España, por Don José Conde.

cito á encontrar al enemigo, empeña un combate con mas ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero, y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquía su salud á la actividad y acertadas medidas del Infante Don Sancho, hijo segundo del Rey, ayudado poderosamente del señor de Vizcaya don Lopez Diaz de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó al socorro del mediodia. Con Don Lope vino entonces Don Alonso Perez de Guzman, jóven de veinte años, nacido en Leon, de Don Pedro de Guzman, Adelantado mayor de Andalucía, y de una noble doncella llamada Doña Teresa Ruiz de Castro¹. El Señor de Vizcaya atajó el ímpetu de los bárbaros, los derrotó junto á Jaen, y vengó la muerte del arzobispo. Este fué el primer combate en que se halló Guzman; y no solo se señaló por sus hechos entre todos, sino que tambien tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef; lo cual fué gran parte para la conclusion de la guerra. Porque vuelto Alfonso de su inútil viaje, y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron á moverse condiciones de concierto; y Guzman, que fué el ministro de esta negociacion, pudo, con el influjo de Aben Comat, antes cautivo suyo y ya su amigo, ajustar treguas por dos años con el Rey de Berbería.

1276. En celebridad de este suceso se hizo un torneo

¹ Barrantes la llama Doña Isabel.

en Sevilla delante de la corte, donde del mismo modo que en la batalla, Guzman se llevó la prez del lucimiento y bizarría. Llegada la noche, el Rey, que no habia presenciado la fiesta, preguntó á sus cortesanos quién se habia distinguido mas en ella; á lo que contestaron muchos á un tiempo: *Señor, Don Alonso Perez es el que lo hizo mejor.* ¿Cuál Alonso Perez? repuso el Rey, porque habia algunos otros del mismo nombre. Entonces Don Juan Ramirez de Guzman, hijo del Adelantado Don Pedro, que se habia criado en palacio, y que despues sucedió á su padre en la casa de Toral, dijo al Monarca: *Señor, Alonso Perez de Guzman, mi hermano de ganancia.* Pareció mal esta razon á todos, y mas que á nadie á Guzman, que creyó ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento; porque entonces llamaban hijos de ganancia á los que nacia de mujeres no veladas, y su madre no lo habia sido. Viéndose, pues, sonrojado así delante de los Reyes, de las damas y caballeros presentes, respondió mal enojado: *Decís verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y sereis de pérdida; y si no fuera por respeto á la presencia de quien nos hallamos, yo os daría á entender el modo con que debeis tratarme. Mas no teneis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó.* El Rey, á quien al parecer iba arrojada esta queja, dijo entonces: *No habla mal vuestro hermano, que así es costumbre de llamar en Castilla á los que no son hijos de*

mugeres veladas con sus maridos. También es costumbre de los hijosdalgo de Castilla, replicó él, cuando no son bien tratados por sus Señores, que vayan á buscar fuera quien bien les haga: yo lo haré así; y juro no volver mas hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme, pues, el plazo que dá el fuero á los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reino, porque desde hoy me desnaturalizo, y me despido de ser vuestro vasallo. Quiso redimirle el Rey; mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo de concederle el plazo que pedia; en el cual Guzman vendió todo cuanto habia heredado de sus padres y adquirido por sí mismo en la guerra, y se salió de Castilla acompañado de algunos amigos y criados, en todos treinta, que quisieron seguir su fortuna.

En las estrechas relaciones que habia entonces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy comun ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros, y á los moros venir á los estados de los cristianos. Estaba todavía en Algeciras Aben Jucef; y Guzman se resolvió á seguirle, prometiéndole que le asistiría en todas sus empresas, menos contra el Rey de Castilla ó cualquiera otro Príncipe cristiano. El Monarca berberisco recibió á él y á sus compañeros con el mayor agasajo; y dándole el mando de todos los cristianos que estaban á su servicio, se le llevó al Africa consigo.

La primera expedicion en que le ocupó fué la

de ir á sujetar los árabes tributarios de su imperio, que, debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistian á pagarlas¹. Estos árabes, siguiendo siempre la costumbre de andar divagando, no tenían asiento ni domicilio fijo; no pagaban jamas sino forzados: y entonces, orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al Rey de Fez que le quitarian la corona. Guzman, encargado de reducirlos, propuso á Aben Jucef que comprase ó hiciese dar libertad á todos los cautivos cristianos que hubiese en la ciudad, los cuales, agregados á sus soldados, bastarian á sujetar á los rebeldes, sin necesidad de llevar muchos moros consigo. Hízolo así el Rey, y Guzman, al frente de mil y seiscientos cristianos, y de algunos moros que tambien le siguieron, salió en busca de los rebeldes, á quienes arremetió, y con grande estrago ahuyentó hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaquíes, vinieron al campo cristiano, y no solo ofrecieron las pagas que debian, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores á fin de que los dejasen en sosiego. Habia muchos en el ejército de Guzman que opinaban porque no se admitiesen sus ofertas; y ensoberbecidos con su fortuna querian que se destruyese del todo y aniquilase aquella gente amotinada. Mas el cau-

¹ La Crónica del Rey Don Alonso XI y Barrantes Maldonado les dan el nombre de *Rehalies*; y este último dice que son los mismos que los que entre nosotros se llaman *Alarbes*.

dillo español, conociendo que la seguridad de los cristianos de África consistía en la necesidad que de ellos tuviese el Rey para tener sujeto á los árabes tributarios, no consintió en su destruccion, y aceptó las pagas y dones que le hicieron. Con esto dió la vuelta á Fez, y el Rey hizo generosamente merced de una de las pagas á Guzman, el cual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demás virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella corte, que Aben Jucef ponía en él toda su estimacion y confianza. El poder y autoridad que allí disfrutaba resonaban en Castilla, á tiempo que la monarquía, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolucion lastimosa. En medio de las prendas eminentes que adornaban á Alfonso el Sábio, veíase en sus consejos y determinaciones una irresolucion y una inconstancia muy ajenas del carácter entero y firme que tan respetable había hecho á su padre. A los dos grandes errores de su reinado, la alteracion de la moneda, y la aceptacion del imperio, añadió al fin de sus días la intencion de variar la sucesion del reino, solemnemente declarada en Cortes á favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaracion había sido hecha en perjuicio de los hijos del Príncipe heredero Don Fernando de la Cerda, muerto en Villareal al tiempo de la invasion de los moros. Pero Sancho había defendido el estado; y el vigor y la prudencia que manifes-

tó en aquella ocasion, ganándole las voluntades de los Grandes, de los pueblos, y aun del Rey, fueron recompensados con llamarle á la sucesion, excluyendo de ella á sus sobrinos. Si esto fué una injusticia, ya estaba hecha; y cualquiera innovacion iba á causar una guerra civil, porque Sancho no era hombre de dejarse despojar tranquilamente del objeto de su ambicion, conseguido ya por sus servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Asi cuando el Rey propuso una nueva alteracion en la moneda, y que se desmembrase el reino de Jaen para darle á uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento; y juntos en Valladolid los ricoshombres con Don Sancho, declararon inhábil á administrar y gobernar el reino al Legislador de Castilla. Las mas de las ciudades, los Prelados, los Grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron, menos Sevilla que se mantuvo sola en su obediencia. Los otros Príncipes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el Rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacía mas espantoso el peligro y mas escandalosa la rebelion.

En tan amargo apuro el infeliz Monarca, todo entregado á su desesperacion, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro; y dejando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse á las on-

das y á la fortuna. Mas antes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al África, y se acordó de Guzman, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la corte de Fez. Entonces fué cuando le escribió la carta, citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de afliccion y de elocuencia, al mismo tiempo que leccion insigne para los Príncipes y los hombres. Su contexto literal es el siguiente:

“Primo Don Alonso Perez de Guzman: la mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueñe; é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha é afincamiento, que el mio fiijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios Perlados; los cuales; en lugar de meter paz, no á excuso ni á encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador nin valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mí: pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios hijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos: enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el buen Rey Aben Jucef; que yo le amo é precio mucho,

porque él non me despreciará ni fallecerá, ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé quanto sodes suyo, y quanto vos ama, con cuanta razon, é quanto por vuestro consejo fará. Non miredes á cosas pasadas, sino á presentes: catá quien sodes, é del linage donde venides, é que en algun tiempo vos faré bien: é si lo vos non ficiese, vuestro bien facer vos lo galardonará, que el que face bien nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso Perez de Guzman, faced á tanto con el vuestro Señor y amigo mio, que sobre la mia corona mas averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere; é si la suya ayuda pudiéredes allegar, no me la estorbedes, como yo cuido que non faredes: antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro Señor á mi viniere, será por vuestra mano: y la de Dios sea con vosco. Fecha en la mia sola leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado, y el primero de mis cuitas.—El Rey.”

1282.

Guzman, olvidando el desabrimiento pasado, expuso á Jucef la triste situacion del Monarca castellano, y le presentó la corona que habia de ser prenda del auxilio que se pedia. *Ve*, respondió el generoso moro, *y lleva á tu Señor sesenta mil doblas de oro*¹, *para que de pronto se socorra;*

¹ Estas doblas eran probablemente *marroquíes*, que según la valuacion que en otro tiempo me comunicó mi difunto amigo Don Manuel de Lamas, ensayador mayor y sugeto muy práctico en estas materias, equivalian á 60

consuélale, y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La corona del Rey quiero que quede aquí; no en prendas, sino para memoria continúa de su desgracia y mi promesa. Guzman pasó el estrecho, y vino á Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al Rey desvalido el tesoro que le traía. Así cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reino, de no volver á él sino cuando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y agasajo debidos á tal servicio, entre las demas señales de agradecimiento que mereció fué la de unirle con Doña María Alonso Coronel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucía¹. Tenia entonces Guzman veinte y seis años; y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el Rey donacion de Alcalá de los Gazules á los desposados. De allí á pocos dias dió la vuelta al África, de donde vino despues acompañando á Jucef, que seguido de gran

reales de vellon de nuestra moneda actual. Las de la banda correspondian al valor de 61 á 62 reales, las moriscas al de 58 á 59.

¹ Era hija de Alonso Hernandez Coronel, ya difunto, y de Doña Sancha Iniguez de Aguilar: su dote se componia de muchos pueblos y heredades en Castilla, Galicia y Portugal, y tambien en el reino de Sevilla, con joyas y dineros en abundancia. Guzman no efectuó su casamiento sin pedir permiso á Jucef, que se le dió, añadiendo que sentia no hallarse presente para regocijarse en su boda.

tropel de ginetes berberiscos, trajo el socorro prometido.

Viéronse los dos Príncipes junto á Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al Rey de Castilla. Hizo que entrase á caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó á colocarse en el asiento principal diciéndole: *Siéntate tú, que eres Rey desde la cuna, que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser:* á lo que respondió Alfonso: *No da Dios nobleza sino á los nobles, ni dá honra sino á los honrados, ni dá reino sino al que lo merece; y así Dios te dió reino porque lo merecias.* Tras de estas y otras cortesías trataron amistosamente del plan que habian de seguir en sus operaciones. *Dame un adalid,* dijo el moro, *que me lleve por la tierra que no te obedece, y la destruiré toda, y haré que te rinda la obediencia.* Diósele con efecto el Rey de Castilla, pero encargándole que llevase á los moros por donde menos mal hacer pudiesen; cuidado paternal, bien digno del que despidiéndose públicamente de los sevillanos al ir á las vistas con Jucef: *Amigos,* les dijo, *vedes á que so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos, é enemigo de mis amigos: esto sabe Dios que non place á mí¹.*

¹ Palabras copiadas á la letra de una crónica antigua que cita Mondejar. El lector hallará en estas vidas otras muchas sentencias, y aun discursos tomados tambien literalmente de los autores consultados; pero es cuando por su contextura y expresion ha parecido que contribuian á

Las huestes confederadas llegaron á Córdoba, donde ya estaba el Príncipe Don Sancho. El moro quiso tentar las vias de negociacion, y envió á Don Alonso de Guzman y un intérprete á exhortarle al deber, y á reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad, y admitidos á la presencia del Príncipe, cuando este supo que los moros se habian acercado á las barreras, y habian muerto algunos peones. *¿Cómo me venís vosotros con tal mensaje, les dijo irritado, cuando los moros están dando muerte á los míos? Idos pronto de aquí; no esteis un punto mas en mi presencia; pues vive Dios que no sé quién me detiene de haceros morir, y arrojaros por encima de los adarves.* Ellos salieron, dando gracias al cielo por haberles salvado de tanto peligro, y causando admiracion á todos, que en el justo motivo de la indignacion de Sancho, su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron los esfuerzos de los africanos; los cuales, despues de haber talado y destruido las dehesas y pueblos de la Andalucía y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creidas por el Rey de Castilla, que como tan ultrajado de los

pintar mejor el carácter de los personajes á que se atribuyen, y las costumbres del tiempo á que se refieren. La misma diferencia de su lenguaje y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

hombres, á todos les tenia miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso á Sevilla, y Jucef á Algeciras, para desde allí volverse á sus estados.

Con él se fué al África Guzman, llevándose su esposa, la cual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecia. El caudillo español asistió al Rey Jucef en todas las guerras que por aquel tiempo tuvo que mantener con sus vecinos, debiendo en todas ellas á su valor y á su consejo la victoria y ventajas que conseguia. Las expediciones mas señaladas fueron las dos que se hicieron sobre Marruecos: en la primera las armas de Jucef ayudaban á Budeluz, un moro principal que se habia alzado contra el miramamolin Almortuda, de quien era pariente muy cercano. Guzman, por cuya direccion se gobernaba el ejército de Fez, presentó y venció en batalla al miramamolin, á quien dió muerte por su mano peleando con él. Con esto Budeluz fué alzado por Rey en Marruecos; pero á poco tiempo hallándole Jucef ingrato á sus beneficios, y viendo que no queria cumplir las condiciones estipuladas en su confederacion, envió á Guzman contra él. Vencido y muerto Budeluz en la batalla que se dió junto á Marruecos, este estado vino á parar á la dominacion de Jucef. La misma fortuna siguió á Guzman despues en la expedicion contra Segelmesa, que tuvo tambien que sujetarse al imperio de aquel Rey. Al leerse estas proezas segun las cuentan los cronistas de la casa de Medinasidonia; y viéndolas seguidas

de la aventura de la sierpe y del leon, parece que su intento ha sido hacer de su héroe un Paladin, y de su narracion una leyenda caballeresca. Pero aun cuando por ventura haya alguna exageracion en sus Memorias, lo que no tiene duda es que la fama de los hechos de Guzman, saliendo de los términos de África y de España, llegaba á Italia á oídos del Papa, que le escribía á él y á sus compañeros en términos y elogios magníficos. Las riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron á recelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ellas. La confianza y amor de Jucef hácia Guzman eran siempre los mismos; pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenia llamado Amir, envidiaban su privanza, y le aborrecian; siendo de temer que faltando el Rey, el favor y la fortuna que hasta allí habia gozado, se convirtiesen en persecucion y desgracia. Acordaron, pues, separarse, aparentando estar desavenidos, y no poderse llevar bien viviendo juntos. El Rey creyó el artificio, y favoreció la separacion, de modo que Doña María Coronel se pudo volver á España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de allí á poco Jucef, sucediéndole en el señorío de Fez y de Marruecos su hijo Aben Jacob. Cuanto el padre habia tenido de generoso, de franco y de leal, tenia el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecia á Guzman y á los cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por

Amir, no tenia mas freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzman, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazañas. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenia aterrada á Fez y á sus contornos. Mas las circunstancias increíbles con que se cuenta esta proeza, tienen demasiado aire de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzman no necesita de semejantes ficciones para recomendarse á la admiracion de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros á perderle, tomaron el arbitrio de enviarle con pocos cristianos á cobrar el tributo de los árabes, avisando á estos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciendo perdonarles la contribucion si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosía por Aben Comat, aquel moro que fué su cautivo en la batalla de Jaen, y que despues se habia constantemente mostrado amigo suyo. Estaba ya por aquellos dias pensando en los medios de salir de Marruecos; y pareciéndole aquella ocasion oportuna, aceptó la comision que se le daba, y partió con sus cristianos. Mas determinado á oponer artificio á artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podia coger al mensajero que llevaba á los árabes el aviso acordado. Consiguiólo; y sustituyendo otro, en que se le decia que Guzman iba á ellos con gran número de

gentes, envió con él á uno de los suyos. Los árabes, que con tanto daño habian experimentado su valor, no quisieron volver á hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaquies las pagas atrasadas, y muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó á los soldados las pérfidas intenciones de la corte de Fez, y les propuso salir del África, y volver á España. Dijoles que ya tenia avisado al General de las galeras de Castilla, que le esperase en una cala junto á Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella expedicion; y todos á una voz le prometieron seguirle. Revolvió luego hácia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandado del Rey, para defenderla de las invasiones de los castellanos, se acercó al sitio convenido. Allí le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serian hasta mil, entró por fin en Sevilla con toda la solemnidad y x291. regocijo de un triunfo.

Ya en esta sazón habia muerto Alfonso el Sabio, y reinaba en Castilla su hijo Sancho. Guzman fué á verse con él á poco tiempo de su llegada, y á ofrecerle sus servicios. Admitiólos el Príncipe, diciéndole cortesmente, *que mejor empleado estaria un tan gran caballero como él sirviendo á sus Reyes, que no á los africanos.* Informóse largamente de las cosas de aquel pais, del poder de sus gefes, y de la manera mas ventajosa de hacerles guerra. Habia en aquellos dias ganado nuestra

escuadra una victoria de los berberiscos, tomándoles trece galeras; y á Sancho pareció ocasion oportuna de embestir á Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los africanos entraban facilmente en España. No habia dinero para la empresa; Guzman lo aprontó; y junto el ejército, atacó á Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzman el voto mas atendido en los consejos, y el brazo mas fuerte en los ataques. Los moros se resistieron con el mayor brio; pero al cabo la plaza fué entrada por fuerza, y sus moradores hechos esclavos, y aunque hubo pareceres de que se desmantelase creyendo imposible mantenerla por su situacion, el Maestre de Calatrava se ofreció á defenderla por un año, esperando que á ejemplo suyo algun otro caballero se encargaria despues de ella, como efectivamente sucedió.

En aquel tiempo Guzman, pagando el tributo á la flaqueza humana, se dejó vencer del amor. Su edad no llegaba á los cuarenta años; su esposa Doña María Coronel por indisposiciones que han llegado á nosotros mal disimuladas en el incidente del tizon, se habia hecho inhabil para el uso del matrimonio, y el clima de Sevilla, donde Guzman de ordinario residia, es á maravilla ocasionado á la galantería y los amores. Tuvo pues, de una doncella noble de aquella ciudad, con quien trataba, una hija natural, á quien se llamó Teresa Alfonso de Guzman. Los festejos y profusio-